



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

SA 1948.83

Harvard College Library

FROM THE FUND

FOR A

**PROFESSORSHIP OF
LATIN-AMERICAN HISTORY AND
ECONOMICS**

ESTABLISHED 1913

B]

SA 1948.83

Harvard College Library

FROM THE FUND

FOR A

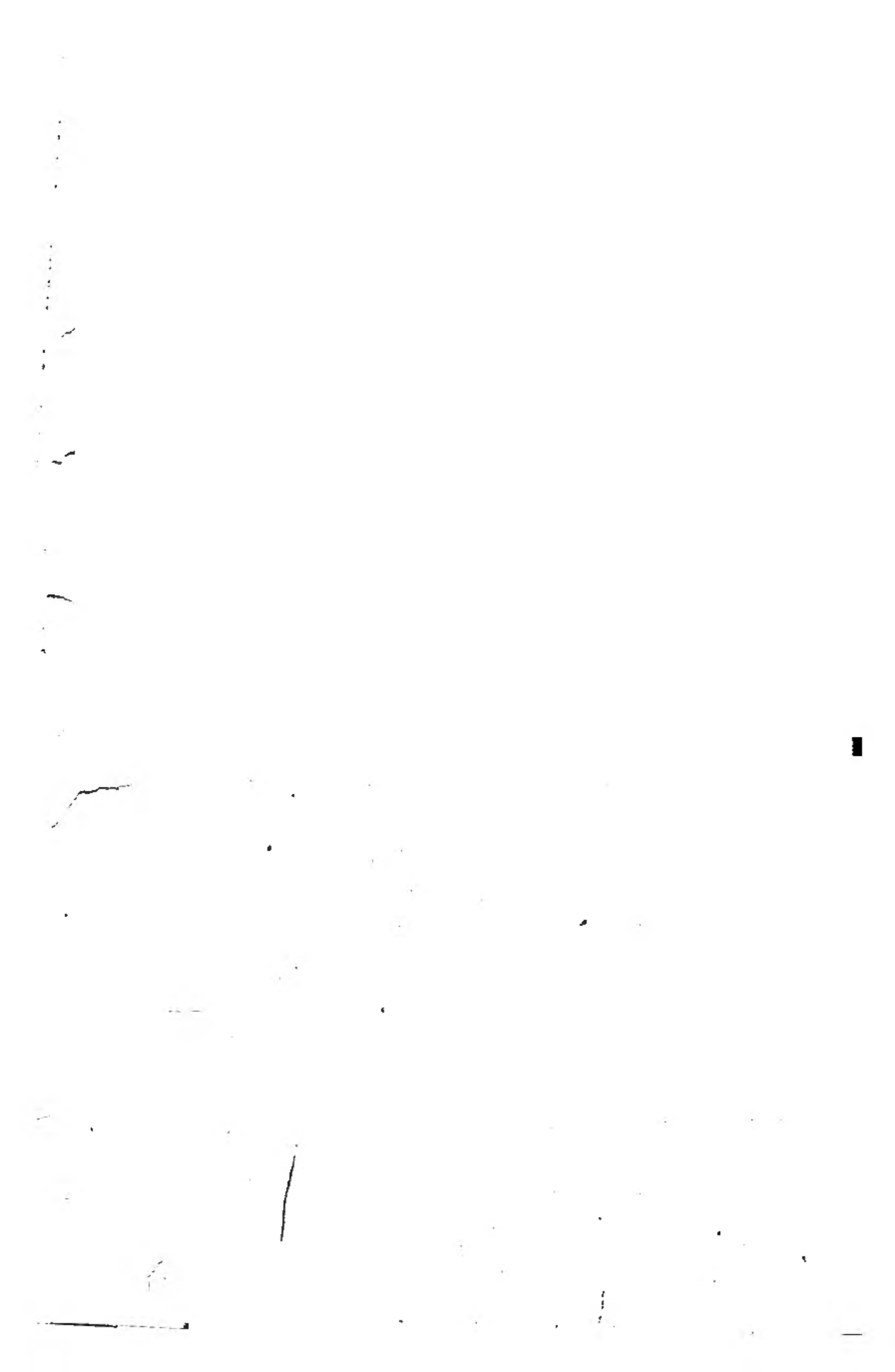
**PROFESSORSHIP OF
LATIN-AMERICAN HISTORY AND
ECONOMICS**

ESTABLISHED 1913



500 10 25

COSTUMBRES Y TRADICIONES.



LIBRARY OF THE U. S. NATIONAL ARCHIVES

1-
[
)-
a
e

s
e
l,
e
n
7

-
r
:

1. *Journal of the American Medical Association*, 1990; 263: 1033-1037.

1

2

3

4

11. 11. 11.

;

EL AMOR Y LAS ESTACAS.

HISTORIA JIBARESCA.

Juan de Mata Colon, alias *Achote*, jíbaro trabajador y honrado aunque un poco ladino y suspicaz, á causa de los engaños y estafas de que había sido objeto por parte de los que suelen convertir la ignorancia ajena en pecaminosa granjería, era dueño de una modesta finca en uno de los campos más pintorescos de Puerto-Rico.

Sin ser pendenciero ni fanfarron, tenía fama de animoso y valiente en todo el barrio. Por estas y otras consideraciones de respeto, debidas á su edad y su carácter, nadie le aplicaba en su presencia el apodo de *Achote*, alusivo al color extremadamente rojo de su cabello, que ya empezaba á encanecer en la época á que nos referimos.

Tenía dos hijas que contrastaban física y moralmente por sus opuestas cualidades.

Una era fea, pecosa, de cabellos rojos como el *achote*, de ojos enfermos y desiguales, de rostro antipático, algo cargada de hombros, gruesa de cintura y larga

de piés. Frisaba ya en los treinta años, y la mortificaba mucho la idea de que ningun hombre le hubiera dicho todavía "lindos ojos tienes."

Esto excitaba la natural acritud y aspereza de su carácter, y el disgusto y la desesperacion se retrataban en aquel desagraciado semblante, aumentando su fealdad.

Cuando en medio de sus delirios de solterona imaginaba que algun hombre la miraba con insistencia, solía coquetear á su modo, asomarse frecuentemente por los ventanillos de la casa, cantar alguna copla de amor con meloso acento, atusar los rojos mechones de su cabellera y componer su tocado con rústica exageracion.

Pero bien pronto se convencía de su desgracia, atribuyendo á un nuevo amor el desvío de su presunto galan, y entónces irritábase, maldecía y murmuraba para sí:

—¡Qué falsos y qué *sin vergüenza* son los hombres!

Y entónces era cuando se hacía insoportable por su displicencia y mal humor.

Tenía por nombre Salomé.

La otra hermana era la jibarita más bella de todo el barrio.

Parecía que la naturaleza habíase complacido en dotarla de todas las perfecciones que le había negado á la hermana mayor.

Tenía por nombre Hermelinda, y llamábanla generalmente *Linda*, no sé si por abreviatura ó por alusion.

Su belleza era objeto de admiracion en todos aquellos alrededores, y eran muchos los mozos que suspiraban por ella y que más ó ménos directamente la habían hecho declaraciones de amor. Pero, sea porque ella no sintiese afecto hácia ninguno, ó porque se mostrase obediente á los consejos de su machucho y descon-

fiado padre, ello es que á todos les contestaba con buenas razones, sin rendir á nadie su corazón.

El más enamorado de todos era un tal Simplicio Temeroso, único á quien Linda no había rechazado aún, sin duda porque él no se había atrevido á decirle nada.

Su amor era mudo, pero intenso y apasionado.

No hacía nada con juicio y concierto desde que se hallaba dominado por aquél amor.

Linda ocupaba todo su pensamiento, y no se hallaba bien donde no pudiera verla y recrearse en su contemplación.

Por ella pasaba en vela gran parte de la noche; por ella comía poco y sin apetito; por ella se olvidaba frecuentemente de mudar la *comedura* á las reses que tenía á su cargo; por ella, en fin, había hecho muchas de esas tonterías que suelen hacer los enamorados como Simplicio.

Dos ó tres horas del día se pasaba el pobre mozo recostado contra una puerta de golpe, cercana á la habitación de Linda, y desde allí dirigía miradas incendiarias hacia el lugar donde suponía que se hallaba el carísimo objeto de su pasión.

Linda, entre tanto, consagrábase tranquilamente á las labores de la casa, sin fijarse al parecer en los extremos que por ella hacía el amartelado mozo.

Así trascurrió algún tiempo, durante el cual parecióle á Simplicio que Salomé, la hermana de Linda, le miraba con insistencia, y hasta creyó sorprender alguno que otro gesto ó ademán que él tradujo en seguida favorablemente.

En su ilusión de enamorado bobo, creyó que Linda se apiadaba de él y que, no pudiendo alentarle ella misma por motivos de recato y bien parecer, se había valido de Salomé para que le infundiera ánimo y esperanza.

Y de tal manera se entusiasmó con este pensamiento, que en un transporte de gozo cayósele de las manos el machete con que *talaba* las *comeduras*, hiriéndole profundamente en uno de sus descalzos piés.

Viéronle salir herido las hijas del tío Juan *Achote*, y guiadas por un sentimiento de compasion, natural en todas las mujeres, y en el que son extremadas nuestras campesinas, le curáron con esmero y solicitud, habiendo sido Linda la primera que acudió con zumo de *guaco*, hilas y vendajes para practicar la curacion.

Simplicio se olvidó en aquel instante de la herida, y yo no sé qué le dió cuando las manos de su bello ídolo tocarón repetidas veces el afortunado pié.

—¡No hay mal que por bien no venga!—iba diciendo Simplicio Temeroso al dirigirse á su casa, recordando la solicitud con que Linda le curaba y los momentos en que había tenido la dicha de estar á su lado.

Durante la enfermedad meditó Simplicio largamente sobre su amor, se forjó mil planes para el porvenir y se decidió á declararse y ver si lograba que sus ansias terminaran en casamiento, que es una lícita, honrada y á veces placentera y dichosa terminacion.

Luego salió de su casa, algo cojo aún, dispuesto á decirle á Linda lo que venía al caso, y despues de varias tentativas y vacilaciones.... volvió sin haberle dicho nada.

—Pues mañana voy, subo, pido candela, aguardo una ocasion, cierro los ojos, abro la boca y me declaro. Esto murmuraba para sí al regresar á su casa todas las nóches sin haber conseguido su objeto.

Y al dia siguiente volvía y.... no se atrevía á pasar de la empalizada ó de la puerta de golpe.

Por último desistió de la declaracion verbal, y como no sabía escribir ni tenía medios para hacerse entender de otra manera, hubo de adoptar el recurso extremo de

las *estacas*, siguiendo la antigua y popular costumbre que aún se conserva entre nuestros campesinos del interior.

Segun ella, el enamorado que no se atreve á declarar su afecto á la jóven que lo inspira, aguza un palo pequeño y resistente y lo clava en el *batey* de la casa donde aquella reside.

Si la jóven solicitada en esta forma accede á las pretensiones del mancebo, arranca la estaca y la clava en un lugar más inmediato á la habitacion.

Si las desprecia, arranca la estaca y la arroja hácia fuera con desdén.

Al amanecer del siguiente día, ya estaba Simplicio Temeroso detrás de la puerta de golpe, su miradero habitual, aguzando una enorme estaca de ausubo y lanzando indescriptibles miradas contra una cortina de *chuí*, que se extendía por delante de un ventanillo en el cuarto de las dos hermanas. A través de aquél rústico lienzo le parecía distinguir vagamente la sombra de un rostro femenino.

—¡Es ella!—murmuraba de vez en cuando, con expresion de regocijo.

Y entónces era de ver con cuánta ligereza y ardimiento aguzaba el palo, sin dejar de mirar en aquella direccion y procurando que le viera Linda; porque, segun sus ilusiones de enamorado, era evidente que el rostro que se dibujaba á través del lienzo del ventanillo no podía ser otro que el de la hermosa hija menor de Juan *Achote*.

Aquél día no comieron ni bebieron las reses que tenía Simplicio á su cuidado. ¡Buena tenía él la cabeza para pensar en cosas extrañas al adorado objeto de su amor!

Llegada la noche, y cuando ya la familia de Juan se había entregado al plácido reposo, oyéronse algunos golpes secos y acompasados en el *batey*.

Era que Simplicio estaba formalizando su declaración de amor.

* * *

Aquella noche no pudo conciliar el sueño.

Tristeza y alegría, esperanza y rezelos, calor y escalofríos, deseo de que amaneciera y temor de que llegase el día demasiado pronto para su mal; todo esto sintió alternativamente el enamorado Simplicio, revolviendo sin cesar ideas contradictorias en su confusa y acalorada imaginación. Ya cerca de amanecer se quedó dormido y soñó con celestes apariciones, todas las cuales concluían por parecerse á Linda, como dos flores gemelas abiertas en un mismo día y bañadas por un mismo rayo de sol.

.....

Cuando despertó era ya bastante tarde.

Corrió al cercado, llegó frente á la casa de Juan *Achote*, miró por entre los *almácigos* de la palizada y... no pudo contener una exclamación de alegría.

La estaca había sido clavada junto á la misma escalera.

¡Oh felicidad!

* * *

La costumbre en estos casos obliga al favorecido á demostrar su alegría y su agradecimiento á la jóven, pasando repetidas veces de noche y á caballo por delante de su casa, ora cantando alguna copla galante y amorosa, ora tocando en el *tiple* ó la *bordonua* algún son agradable del país.

Simplicio no estaba *en voz* aquella noche, ni entre todos los cantares que sabía pudo hallar uno que expresase toda la intensidad de su amor y que le pareciese digno de Linda. Por lo que respecta á música no sabía ni siquiera *trastear* un tiple *aguilandero*, que es el más fácil y sencillo de todos los instrumentos de cuerda.

No había, pues, que pensar en serenata, que por otra parte hubiera sido peligrosa, dado el carácter áspero y nada filarmónico de Juan *Achote*.

Al oscurecer de aquel mismo día, aparejó Simplicio su yegua con banastas chicas, capa roja de bayeta y jáquima de mamey; encendió luego un *jumaso* de á cuarta, montó de un brinco, agitó con violencia el *Juan caliente* y empezó á dar carreras por delante de la casa de Hermelinda ó Linda, como la llamaban en el lugar.

Algun tiempo llevaba ya en este ejercicio sin hacer demostracion alguna de galanteo ni atreverse á dar siquiera las buenas noches desde el *batey*, cuando en una de sus pasadas por allí se aventuró á toser, y notó con agradable sorpresa que tambien tosía álguien en el interior de la casa.

—Es ella que me contesta y me anima,—dijo para sí lleno de gozo.

Despues cuando se disponía á pasar de nuevo por aquel sitio, iba diciendo para su cabalgadura:

—Pues lo que es en este viaje me atrevo y *jablo*.

Y apagó intencionalmente el cigarro, á fin de aproximarse á la casa de Linda con el usual y socorrido pretexto de pedir candela; pero luego no se atrevió.

Había oido desde léjos la voz desentonada de Juan *Achote*, que juraba y maldecía, dando evidentes indicios de mal humor.

Por fin, á eso de las ocho, cuando el silencio reinaba en toda la vecindad y los rústicos habitantes estaban ya entregados al sueño bienhechor, se detuvo Sim-

plicio en frente de la casa de Linda, para despedirse de ella imaginariamente y respirar por un instante en aquella atmósfera embalsamada por su aliento.

Pocos minutos hacía que se hallaba entregado á sus dulces meditaciones, cuando percibió un leve ruido en la puerta de la casa y vió salir luego un bulto que bajó cautelosamente hasta la meseta.

Desde allí le hizo señas á Simplicio para que se aproximase.

Este vaciló al principio, como luchando con las diversas emociones que le conturbaban el ánimo. Después se acercó al lugar donde le llamaban, murmurando entre dientes con extraordinario regocijo:

— ¡Cuándo digo que soy feliz!

La meseta se elevaba cerca de dos varas sobre el nivel del suelo, como es costumbre en estas casas de campo, de modo que el tímido jinete se encontró casi á la misma altura del bulto que le había llamado, y á pesar de las tinieblas de la noche pudo notar desde luego que era ó parecía una mujer. Simplicio comprendió en medio de su turbación que era preciso decir algo, y que á él le tocaba; pero no sabía por donde empezar.

Por último hizo una exagerada reverencia y dijo:

— Buenas noches.

— Dios se las dé buenas, — contestóle una voz algo cascada y desigual.

La de Linda era generalmente más armoniosa y suave; pero Simplicio se explicó bien pronto esta diferencia, atribuyéndola á la emoción.

El mismo sentía alterada su propia voz en aquel supremo instante.

Después que hubo meditado sobre esto, volvió á decir:

— Pues yo vine . . . es decir, pasé esta *talde* . . . pues, por la mañana, á la hora é *nuar* . . . ¿*usté mentiendo?*

— Si *usté* no se *desplica*,

— Este pues yo

— No *jable* duro, que se *dispierta pápa*.

— Pues como decía, este este

— Siga, hombre, siga.

— En fin, pues yo vine vamos, esto
pues

— ¡Cristiano, siga y *afile* derecho, que no *jase* más que *corcobiár*!

— Es que pues, se me *atora* la lengua, y luego el susto y el *aquel*

— ¡Vamos, Simplicio, no te *aturruyes*, —dijo entonces la tapada, dulcificando el tono y aproximándose algo más á su interlocutor.

Luego extendió la mano y le dió dos palmaditas en el hombro, como para animarle con esta prueba de confianza y familiaridad.

Simplicio se estremeció de gozo al contacto de aquella mano, y exclamó con apasionado acento:

— ¡Linda!

— Gracias por el favor, contestó la mujer de la meseta con afectada dulzura.

A este punto del diálogo llegaban cuando se oyó ruido en el interior de la casa, acompañado de un “juro á Dios” que hizo temblar de espanto á la trasnochada pareja.

— ¡Sálvame! dijo la jibara dejándose caer sobre Simplicio, que la sostuvo maquinalmente con un brazo, mientras que con el otro ponía en movimiento la yegua azotándola sin piedad.

En el momento en que el extraño grupo ecuestre cruzaba á galope tendido por el *batey*, destacábase en la meseta la temible figura de Juan Achote, blandiendo un enorme *sol y luna* de vara y tercia.

— ¡Juro á Dios que lo rajo como un *marimbo*,

gritó con voz de trueno el airado padre, y siguió tr de los fugitivos desapareciendo al instante en medio la oscuridad.



No bien había llegado Simplicio con su amorc carga á la choza que le servía de habitacion, cuando oyeron por allí cerca los gritos y juramentos de Ju *Achote*. Nuestro Tenorio por fuerza, sólo tuvo tiem para dejar á la jíbara medio desmayada en el pavimen ó *soberado* de la choza, cerrar instintivamente la puer y llamar á su anciana madre para que hiciera luz.

—¡Abre ó *jundo* la casa!—gritaba Juan *Ach* desde el *batey*, con voz ronca y alterada por la ira.

Simplicio estaba como anonadado, sin atreverse tomar ninguna resolucion.

Una mujer de avanzada edad encendió un mechon de higuiereta, alumbrando escasamente el mísero bohio, á tiempo que la débil puerta de yaguas cedía al empuje de Juan *Achote* y entraba éste furioso y ciego, levantando el terrible *sol y luna* con ademán amenazador.

—¡Perdon!—balbució el jóven humildemente,—lo hice sin....

—¡De rodillas, *indino*, y reza el credo, que te voy á *dividit*.

—¡Me caso!—dijo Simplicio en tan apurado trance,

—¡Nos casamos!—añadió la jíbara incorporándose y descubriendo el rostro, que hasta entónces había permanecido casi oculto entre los pliegues de un ámplio pañuelo de Madrás.

Al verla palideció Simplicio mucho más de lo que estaba.

Aquella mujer con quien había prometido casarse y por la cual se hallaba en tan grave peligro no era Linda, sino la hermana mayor, la fea, la horrible, la displicente y antipática Salomé.

Ella era la que—creyéndose pretendida por Simplicio—había mudado la estaca, y había tosido, y había hecho todo lo demás que aquel atribuía al adorado objeto de su pasión.

Simplicio no pudo contener un gesto de repugnancia, que no se escapó á la perspicacia de Juan Achote.

—Pero esta mujer . . no

Antes de que Simplicio acabara de formular su excusa, el terrible machete del tío Juan se había levantado sobre la cabeza del afligido jóven, y brillaba á la escasa luz de la mecha con siniestro resplandor.

—No admito *peros*—gritó de nuevo el padre montado el cólera, y Simplicio se ratificó humildemente en su promesa de casamiento, sin aventurarse á replicar.



Al siguiente día fueron los novios acompañados del padre á *cogerse los dichos* ante el cura de la parroquia, y una semana despues habían consagrado ya su matrimonio con todas las formalidades del ritual.

Hasta el día en que regresaban de la iglesia, despues de recibidas las bendiciones, el tío Juan no se apartó del lado de su yerno, llevando siempre en las banastillas el consabido machete que Simplicio miraba con terror.

En cuanto al desposado, se conformó, á lo ménos en apariencia, con su mala suerte.

Sólo cuando se hallaba léjos de su consorte se le oía repetir á media voz estas ó parecidas palabras:

—Como yo llegue á quedar viudo, juro á Dios que no he de pasar de noche por casa *e naide*, ni vuelvo á declararme por *estaca manque* reviente de amor.

EN LA PUERTA DE LA IGLESIA.

El hombre es generalmente inclinado á los contrastes, á las anomalías, irregularidades, en el sentido recto de la palabra.

Llevado de esta inclinacion, 'demostrada ya en el paraiso por el primero de los Adanes, suele apetecer lo prohibido, codiciar lo ajeno, pedir peras al olmo, curarse en salud y hacer ó pretender otra porcion de cosas extravagantes y contrarias al orden natural.

Por eso le vemos, verbi-gracia, fumar en las visitas, hablar de política en los bailes, reir en los entierros, amargar con cerveza las grandes alegrías y murmurar *en la puerta de la iglesia.*

Esta última irregularidad daba ya bastante que decir á los moralistas contemporáneos de Quevedo y

Tirso, que immortalizaron con el nombre de *Mudriá* las famosas Gradas de San Felipe el

No sé á la verdad cómo ha podido m
achmatarse tan impia costumbre, en pue
precian de religiosos; pero el hecho es que
Rico se encuentra casi tan arraigado como
el hábito de formar corrillo en las puertas
plos, y de ejercer allí sin miramientos de ni
el detestable vicio de la murmuracion.

No hace muchos dias que pasaba yo por junto á uno
de estos *mentideros* de la ciudad, á caza de asunto para
escribir un articulejo, de malas costumbres, cuando
advertí que se aglomeraban varias personas en torno del
famoso narrador de ocurrencias locales, Don Facundino
Sabelotodo, y le escuchaban con marcado interés, á
tiempo que algunas damas iban saliendo de la iglesia.

Acerquéme y escuché con atencion:

— Esa,—decía señalando con disimulo á la señora
A.—es la heroína de la temporada.

Por mostrarse demasiado complaciente con un
amigo suyo que la obsequiaba, disgustó á cierto jefe un
tanto absolutista, que se creía con mejor derecho por
motivos de antigüedad, y ¡tras, tras! Dos pedazos
de cartulina que se cruzan, dos miradas feroces que se
cambian, cuatro padrinos que se reunen, charlan, fuman
y beben anís del mono, y luego

— Y luego ¿qué?—se apresuró á preguntar uno
de los concurrentes.

— Luego una cena en La Zaragozana, compuesta de
pato en *fricassée*, con vinos generosos al final.—¡Brindo
á tu salud!—¡Brindo á la tuya!—¡Brindo á la de uste-
des!—¡Brindo á la de ella!—¡Bien!—¡Muy bien!—
¡Que viva!

Cuando fueron á pagar, contestó el mozo que todo
estaba satisfecho.

El marido de la dama en disputa, sabedor del lance y sus condiciones, habíase anticipado á pagar el pato y lo demás.

Un coro de carcajadas siguió á tan picante relato, y Don Facundino—después de haber hecho una breve pausa para tomar aliento—continuó su revista señalando á la señora B.:

—Esa que sale ahora con rosario de oro y libro de nácar en la mano, es la misma de quien hace poco les hablé. Después acá sólo se supo lo del oficial y lo de.....

—¡Chit....! El marido se acerca.

—No haya cuidado de que me oiga; toda su atención está concentrada en la señora C., aquella dama de arrogante porte que baja las gradas con paso lento y como abstraída en religiosa meditación.

Vedle cómo procura situarse de modo que ella le vea, y observad si en el saludo que ahora se hacen no hay algo de misterioso y singular.

De la señora D. que sale ahora, sólo han circulado las vagas noticias que ustedes saben y otras que yo me reservo hasta otro día, porque no soy amigo de la murmuración.

—En cuanto á la señora E. ya es diferente. Aquel que la ofrece el brazo y á quien dirige la palabra con notable zalamería, es un empleado de Hacienda que no se cuida más que de cobrar la nómina y de servir á la señora E. El marido pertenece al gremio feliz de los mansos, y há tiempo que tiene todos sus sentidos concentrados en el descubrimiento de la péndola horizontal.

Grandes risas en el corrillo de los oyentes, que aplauden y felicitan al orador.

Este prosigue:

—La que ahora se persigna y baja con el velo

quien hablamos el otro día.

Lleva la vista fija en el suelo, y ni se
mirar al ayudante que la hace seña con el
Sabe que la vigilan y es prudente hasta cierto
Su marido es una fiera

— ¡ *Intendo, intendo!* — dijo con cierta ac-
cantante de la ópera italiana, que formaba el
corrillo.

— Ese de los lentes que sube ahora, des-
terminada la misa, es un tenedor de libros de
clase, como si dejáramos libros de barbería, b
co-a así. Gana escasamente cuarenta duros, tiene
posa joven y dos hijos que gimen en la miseria, y
entre tanto á una jamona *corsi* y casquívana
burla de él. Su madre (la del tenedor de lib
acogida en la Casa de Caridad.

Pero andemos un poco hácia allá para
paso franco á la señora H., dama de gran in-
quien tal vez tengamos que valernos algun
obtener una buena recomendacion. Su intimi
un elevado funcionario la permite hacer buen
y favorecer no pocas pretensiones principiando
marido, como es lógico, puesto que debe emp
casa la bien entendida caridad. Poco más de
ya saben ustedes pudiera decirles hoy acerca
mujer de fama; pero en medio de todo n
negársele dos cualidades meritorias, que con
su alteza, de miras y su amor al principio de a

.

A más de la mitad del alfabeto llegaba en
muraciones el intrépido y morcuz Don Fa-
cuando me alejé horrorizado de aquel lugar, y
figuraba que seguía resonando después en mis
voz de aquel terrible cronista del escándalo.



LAS FIESTAS DE CRUZ.

I.

Cuentan que el día 2 de Mayo de 1787 hubo un grande temblor de tierra que llenó de consternacion á todos los habitantes de esta Isla. Y en verdad que tuvieron razon para asustarse aquellas buenas gentes, puesto que—segun dicen—fué el temblor más violento y prolongado de cuantos registra la historia de Puerto-Rico.

Como los hombres de aquel tiempo eran muy poco aficionados á las observaciones *temblométricas*, no se ha llegado á saber con exactitud los minutos que duró el tal fenómeno, la fuerza y direccion de sus movimientos, los grados que á la sazón marcaba el instrumento de Reaumur, y otras muchas circunstancias que hoy no pasan desapercibidas.

que hubiera sucedido.

Ello es que á las pocas personas de que aún viven entre nosotros, todavía se bello, si lo tienen, al hablar de tan men

Dicen que aquello fué un temblor d señor mio.

Tuvo lugar, como queda dicho, el d sea la víspera de aquel en que la iglesia vencion de la Santa Cruz; y esta circuns escaparse á la perspicacia religiosa de n cuya devocion crecía, como es natural, e del peligro.

Con tal motivo se hicieron entónce para la adoracion de aquel signo cristian

Y no paró aquí el fervoroso entusias devotas gentes, sino que cada cual proc casa una cruz bendita para dedicar á ella larmente sus oraciones.

Los habitantes del campo, que no rrir á las Iglesias, reuníanse por las noch de algun anciano venerable, donde rezab el rosario de la Cruz, y concluían cant que por entónce circulaban munuscrita timacion.

Para que sirvan de muestra, copiar con permiso del dios Apolo y de mis pa tores:

¡Qué linda que está la cru
Con su vestido amarillo,
Que se lo dió el buen Jesus,
Corona, clavo y martillo!

Las cuentas de mi rosario
Son balas de artillería,
Que todo el infierno tiembla
En diciendo—Ave María.

Paloma negra,
Paloma blanca,
Aquí cantamos
Tus alavanzas.

El lobo astuto
Ya me llevaba,
Pastora mia
Crucificada.

Sale la aurora
A media noche,
Libranos madre
Del *turrumote*.

Esta última estrofa que es muy *cuca*, y que todavía se canta en las actuales *Fiestas de Cruz*, da á conocer que éstas en su origen fueron como á manera de rogativas para que no se repitiera el terremoto indicado.

Luégo aquella devocion siguió en aumento, y bien pronto se generalizó en toda la Isla. Hé aquí el origen de las expresadas *Fiestas*.

Dos años despues ya se celebran en todas las poblaciones importantes, inclusa la misma Capital.

Pero las *Fiestas de Cruz* no eran ciertamente en el siglo xviii, ni aún á principios del xix, lo que con desdoro de la moral han venido á ser en nuestros dias. *In illo témpore* se designaba con anticipacion una casa para celebrar en élla las *Fiestas de Cruz*, y allí se iban reuniendo al anochecer las personas de ámbos sexos que

parte en aquel acto
o á este, arrodillándose
vestido de blanco y
se llevaba á efecto con
osibles.

nia pellizcos, señas ni
fumaban los pollos,
heaban las niñas, ni las
allí en fin, no se *capaba*
da la función, ni se
istela ó el *agua-loja* del
dueño de la casa.

Yo no diré que durante las oraciones los pensamientos fijos en la Cruz, allí jóvenes hermosas, como es fama que aquel tiempo (mejorando lo presente), bien mozos enamorados y galantes, y el cil que entre salve y padre nuestro se cometía un pecado profano sin poderlo remediar. Pero de estos pecados menudos, en los que el santo más escrupuloso, no podía dar un sencillo y honesto que el que ofrecían las reuniones.

¡Lástimas que hayan ido perdiendo carácter que en su origen las recomendaba una devota costumbre haya venido á ser una costumbre de bota!!

II.

Trazado ya el bosquejo á grandes rasgos que fueron en su principio las *Fiestas*

(1)—*Capar*, echar la capa ó poner banderillas á fin de pagar los gastos de la función siguiente.

á mi propósito presentar el cuadro de lo que son en la actualidad.

Para ello ruego á mis lectores que me acompañen á una de dichas *Fiestas*, y nos divertiremos un rato.

Es la novena y última función, y por lo tanto no hay peligro de que nos *echen la capa*.

Hé aquí la casa: ramos en la puerta de entrada, ramos en la escalera, ramos en el interior.....verde, mucho verde por todas partes.

La Fiesta no ha empezado todavía: el oratorio está completamente desierto,

Observemos,

La *escena* representa algo parecido á un escaparate de quincalla.

Bajo un rico dosel de damasco guarnecido con profusion de flecos, borlas y colgaduras, hay un altar en forma de gradería, provisto de nueve escalones para indicar que esta noche se representa por novena vez la misma *pieza*. A todo lo largo de las gradas se extienden otras tantas filas de elegantes candelabros, alternando en perfecta simetría con varias figuras de yeso cristal y porcelana, que representan hombres, mujeres, perros, gatos, lechuzas y otras animalitos por el estilo. Entre todos estos objetos, así como en el fondo del altar y en las cortinas laterales, hay una multitud de joyas de oro y plata, puestas allí sin más objeto que la ostentacion y el vano alarde de riquezas. Por último, en la parte más elevada del altar y en medio de dos graciosas estatuas representando á Baco y la diosa de Cíteres, se divisa una pequeña cruz cargada de cadenas.... de reloj, y medio escondida entre collares, prendedores, brazaletes, anillos con y sin cifras, relicarios con y sin pelo y otros objetos de devocion.

Con tan extraño disfraz no la conocería el mismísimo Nazareno si volviera al mundo.

apoyando uno de
tá el altar de la gr
se llama *mesa de*
sal de dulces y lic
dorar la Cruz y cui
ella!

a de los sentidos co
icio mezclado con

derás de la Cruz, e

Pero tate; ya los devotos llegan en tro
precipitadamente la escalera.

Veamos.

.Entra en la escena un jóven imberbe y
dando el brazo á una señorita que sería bell
ra moño y polisson. Ambos jóvenes visten con
mo decreto de la moda, y cada uno lleva
gran lazo de cintas en el pecho.

Son los *capados*; esto es, las víctimas
esta católica saturnal.

Sigue despues un gran número de pe
versa edad y de sexos y estado diferentes
abuelos; maridos y amantes; viudas y rein
terones recalcitrantes; jamonas en conserva
disponibles, pollos sietemesinos, etc. etc.

¡Cuánto almidon en caras y vestidos!

¡Cuánta cintura en prensa! ¡Cuánto c
tado! ¡Cuánta cabeza monumental!

A medida que van entrando, se agrup
de la Cruz y entablan conversaciones por
guiente:

—Esta Matilde tiene unas manos divi
tir altares. Mire V. qué bien le ha quedado
noche.

—Pues yo hallé mejor el de Luisa.

—¡Bah! si aquella Cruz estaba horrible

altar tan pobre y desairado.... Allí no había más prenda de valor que aquel reloj de perro que habría y cerraba los ojos, y el collar de perlas de Anita, que le regaló Don Pascual; y a propósito de este regalo, dicen.... (aquí bajan la voz y después hacen gestos de admiración y de sorpresa).

Oigamos lo que dicen en este otro grupo.

—A mí no me gusta la Cruz vestida de amarillo.
¡Jesus, si parece un catafalco!

—El azul *pega* mejor en estas cosas.

—Pues yo estoy por el encarnado.

—Yo por el lila.

—Y á usted, Don Lucas, ¿cuál le gusta más?

—El turrón.

—Pero, hombre, ¡si estamos hablando de colores!

—¡Ah!.... entonces el verde.

Más allá un discípulo de Baco está pasando revista á las botellas, cuyos rótulos examina con avidez:

—Brandy, ajénjo, champagne, malvasia, rosolí, curazao.... ¡Bien, todo es legítimo y de buena calidad! Así ya vale la pena de venir un rato á la *Fiesta de Cruz*, y no como el lunes pasado que.... en fin, se conoce que este Carlos es un muchacho que lo entiende.—
¡Lástima que ántes de rezar no se destapara eso!

.....

Después de un rato de charla se dá principio al acto religioso: las mujeres se arrodillan; los hombres se sientan; los pollos fuman y se componen el lazo de la corbata.

Hace mucho calor y huele á almizcle.

Estamos en plena función.

No hay que tener á mal que haya su poquito de ri-

ticular. Son las mismas que se
po antiguo, bien que ahora se canta
pañamiento de brquesta.

En cambio se han añadido alg
ten así:

“El demonio carita de
Barbas de conejo, besos de
Con la espada del santo re
Delen á ese petro que salg

“Los soldados de Cristo
Con armas al hombre se
Y la Virgen va de capitán
De cabo segundo Señor Sa

“El demonio como es ta
Tiró una piedra y rompió
Y salieron los friles domin
Y aquí se acabó la funci

En efecto; la función religiosa
dar principio á la función de las
mística pasamos á la bucólica.

Esto es muy santo y muy bu
de nosotros lo que dijo Tirso de aq
y comilon que

*Nunca á Dios llamaba
Hasta despues de comer.*

Peró ahora la cosa va de veras.

hombre de capacidad é inteligencia, y en este concepto tendrás que ser consejero de todos los tontos, abogado de todos los reos, componedor de todas las discordias, memorialistas de todos los pretendientes y hombre bueno de todos los litigantes.

Otra de las mil y una calamidades que tendrás que sufrir con paciencia y resignacion, es el hijo del alcalde, especie de diablillo ó zahorí que todo lo vé, lo toca y lo destruye impunemente, lo mismo en la oficina pública que en la casa particular. El padre suele ser rígido, regañon y hasta impertinente; pero el hijo es por todos conceptos insufrible. El primero desempeña un cargo, el segundo constituye una verdadera *carga*. Aquel es un hombre más ó menos racional, y este es una especie de Mefistófeles pequeño.

Interminable y difuso habría de ser por fuerza mi relato, si tratara de indicarte uno por uno todos los inconvenientes de la vida en este lugar, por cuya razon me abstengo de enumerarlos en su mayor parte, persuadido de que si á pesar de mis indicaciones te decides á venir, ya los conocerás por tu desdicha.

Pero no creas que has de sufrir solamente los males propios, oriundos — digámoslo así — de estas pequeñas poblaciones, sino que vendrán además otros males exteriores, como si no fueran bastantes aquellos para causar la desesperacion del mismo Job.

Despues que te halles ya instalado en este pueblo, no pasará por él ninguna persona de esa capital ó de sus alrededores que no se aloje en tu casa, haciendo de ella una especie de meson ú hospedería. Tendrás asimismo que proteger ó auxiliar á cualquiera de estos transeuntes, sirviéndole de fiador si anda sin cédula, y facilitándole caballos, guias, dinero y lo demás que hubiere de menester. Luégo si tu huésped anda (como es regular) en busca de dinero, ya en calidad de *inglés* contra algun co-

CARTA DE PERICO A JUAN

SOBRE LOS INCONVENIENTES DE LA CAPITAL.

Largamente he meditado, querido Juan, acerca del contenido de tu carta, y si bien conozco la verdad de todo lo que me manifiestas, no por eso estoy ménos decidido á fijar mi residencia en esa poblacion.

Déjame, pues, que vaya á compartir contigo los inconvenientes de que me hablas en tu citada carta, que por muchos que ellos sean no podrán compararse con los que se sufren en la Capital.

Bien sé que tú has vivido en ella mucho tiempo y que tienes una idea bastante clara de sus calles accidentadas y tortuosas, de sus mal alineados edificios, de sus muros encumbrados y de su topografía particular. Tambien debo suponer que conocerás prácticamente los andurriales del *Matadero* y *Canta-gallo*; que habrás

avidez alguna novela de Jorge Sand, algun cuento maravilloso de Hoffmann ó algunas de las terroríficas narraciones de Ana Radcliffe.

Y como si no fuera suficiente esta primera desgracia, sobrevino poco despues tu cesantía; por convenir al mejor servicio de un cuñado de la sobrina segunda del portero del ministro.

En tan lamentable situacion, ¿qué remedio tenías sino dejar la ciudad, vender las alhajas y muebles ménos necesarios, y refugiarte en un pequeño caserío á llorar tus desdichas presentes y evocar el recuerdo de las pasadas venturas?

Por eso no me admiro de que te parezcan tan malas todas esas cosas que me cuentas, suponiendo cándidamente que la Capital es tan bella y tan deliciosa como la pintan en tu imaginacion las falaces reminiscencias de la pasada juventud.

Ya he dicho que en la edad más florida y venturosa de mi existencia, apenas echaba yo de ver ninguno de los inconvenientes que hoy deploro, y que me hacen de todo punto insoportable la vida entre estos altos y denegridos murallones.

Y és que con los años suelen venir los achaques, y despues de estos la reflexion y el cálculo, llegando al fin y al cabo á convertirnos en filósofos cuando ya no servimos para otra cosa; bien así como las coquetas que suelen volverse santurronas ó beatas cuando no encuentran hombre alguno que las haga caso.

Pocos habrá de aquellos inconvenientes que tú citas que ya no los tengamos aquí en mayor ó menor escala, sin que podamos disfrutar en cambio muchas de las ventajas propias de esos pueblos del interior.

Por de contado tenemos aquí una poblacion abigarrada y confusa, que habla y duerme la siesta á la española, viste, come y se engaña á la francesa, toca el vio

el mayor número de inquilinos; y así tenemos comúnmente inquilinos en el mirador, inquilinos en el piso principal, inquilinos en el entresuelo, inquilinos en todos los departamentos del piso bajo, inquilinos en el cuarto de baños, inquilinos en la despensa, inquilinos en la cochera, en la carbonera, y hasta en la perreta que está situada debajo de la escalera.

Y todo esto sin contar con las muchas casas que hay de tres, cuatro y cinco pisos, queriendo salirse de la Capital hacia el cielo, ya que no pueden extenderse por otra parte.

A tal punto llega ya el exceso de población, que cada casa viene á ser aquí una pequeña ciudad, con su aristocracia, su clase media y su *pueblo*, y quizás no iré muy equivocado si te aseguro que hay edificio particular que encierra más vecinos que esa población en que tú habitas.

En cuanto á la higiene.... pero no; dejemos la higiene por ahora, que sería el cuento de nunca acabar.

Las comodidades públicas corren pareja con las comodidades domésticas.

Para andar á pie (que es como se anda aquí generalmente) es necesario resignarse á domar los *chinos* siempre que algún bulto ó animal de más ó ménos patas obstruye el paso por las menguadas aceras, sufrir el mal olor en la Marina ó tragar polvo en el camino de Puerta de Tierra.

Aquí no hay más biblioteca que el garito (1) ni más diversiones públicas que los volantines, ni más caza que la de gangas, ni más pesca que la de novios, ni más plaza que la de armas, ni más jardines que los de tejas arriba, ni más caballos que el de Santiago, ni más coches de

(1) Este artículo fué escrito ántes de haberse establecido la Biblioteca Municipal.

en cualquiera otra parte. Raro es el día en
cuentro por estas calles de Dios un cuerpo hu-
a vestido, eso sí; bien acomodado en un fè-
lujo, muchas velas encendidas al rede-
io penácho negro, mucha gasa y muchos
ites..... pero muerto al fin.

es, querido Juan, que ya el municipio tiene
la construccion de un nuevo cementerio.

oy Juan, me voy; alquilame una casa de
nto al río, búscame un par de hamacas, un
n perro, una escopeta y una vaquita de leche,
sté todo preparado avisa por el telégrafo á tu
erico.

complaciente que solía hacerse de la *vista larga* en ciertos y determinados casos.

Hoy, sin haber desaparecido estas y otras enfermedades análogas, tenemos un sinnúmero de enfermedades más, manifestadas por el uso de los lentes.

Puede decirse que en la actualidad es de mal gusto el tener los ojos sanos, y casi no se concibe ya una nariz, especialmente una nariz de pollo, en la que no cabalguen unos lentes de marco dorado, ó unas gafas de color oscuro engastadas en alambre ó gutapercha.

Por su parte el bello sexo participa también de esta desgraciada enfermedad, y cuesta trabajo encontrar ya unos ojos claros, brillantes y expresivos que no cruelmente velados por dos pequeñas láminas de l.

Con este motivo el amor va perdiendo entre nosotros mejores y más ingeniosos medios de comunica-

Ese lenguaje rápido, elocuente y maravilloso de las almas, que suelen emplear los enamorados para trasarse recíprocamente los afectos más tiernos y los sentimientos más delicados, pierde gran parte de su eficacia cuando se ejerce al traves de dos cristales.

No recuerdo quién ha dicho para ponderar la ex-
traordinaria elocuencia y magnética de los ojos, que si Cicerón hubiera usado espejuelos verdes no hubiera podido

resumir con una sola oración las inicuas maquinaciones de Catilina.

Yo creo que si el travieso París y la encantadora Atenas se hubieran mirado siempre al traves de un vi-

Y entro en materia.

Llegada la estación de los calores, nótase ya en la moda reinante cierta tendencia al uso de colores claros, y los trajes se van aligerando cada día más. ¡Así se aligerara el presupuesto que nos abruma!

Se van desechando, con tal motivo, los colores viruela, marrón y conserva colonial, y apenas hay ya quien soporte el color *Santurce*, que pasa de castaño oscuro.

En su lugar, úsanse con notable preferencia los colores claros, indeterminados, indecisos, *incondicionales*, cuanto más indefinidos mejor. El color ante, el perla, ó de viruela confluyente, el tornasolado, el gris panza de burro, el lila (sobre todo el lila), son los más aceptables en esta temporada de sarpullido y de incertidumbre.

La forma del traje sigue siendo estrecha, como la política del gobierno, ceñida al cuerpo, como los alcaldes al Bando de policía, y con abundancia de *buches*, dobleces y solapas como sistema político de Ultramar.

En los adornos reina cierta anarquía encantadora, que permite á cada cual usarlos á su antojo, tanto en la forma como en el color. En este punto, la moda es hoy tan caprichosa y variada como el criterio de los censores de imprenta.

Tanto en el adorno de las mangas y cuellos, como en la delantera de los trajes, se usan todavía mucho los encajes *valenciense*.• Conviene, sin embargo, no *recargar* demasiado este aderezo, usar con cierta discreción la *frivolité* y desechar por completo la *pasamanería*, sobre todo en las jóvenes de corta edad.

No está demás que en los trajes de paseo se suprima la cola ó se corte todo lo posible. La moda sólo autoriza este sobrante rastrero en las poblaciones donde las calles están bien limpias, y las nuestras dejan toda-

La arquitectura del moño es ya ménos atrevida y chirrigueresca, y el arte bizantino va recobrando en él á paso lento su característica severidad. Sigue todavía el uso de los flequillos ó *polluzus*, que tanto oscurecen y desperfeccionan la frente de nuestras damas.

¡Ojalá que ésta se les vaya despejando, á medida que se despeja la situación!

La moda del sombrero va muy de pasada: hoy se prefieren las capotas á la borbonesa, las cófias de muselina de Indias y los casquetes de paja de Italia, todo lo cual indica una marcada tendencia hácia la *gorra*, que es en la que vendremos á parar.

Y ya se me olvidaba decir que se considera como de muy buen gusto y de rigurosa moda, entre las puerto-riqueñas más elegantes y distinguidas, el no murmurar de nadie y suscribirse con buenas intenciones á

EL BUSCAPIÉ.

no sé si me saldrá una *dolora* ó un *doloro*, en vez de un artículo adecuado á la índole característica de EL BUSCAPIÉ.

Allá veremos.

*
* *

La autoridad es una gran cosa, digan lo que digan los demagogos, si es que los demagogos dicen algo contra la autoridad.

Suponiendo piadosamente que todos ustedes son personas de orden, no quiero hacerles el agravio de aducir argumentos en favor de esta innegable proposición:

Sin autoridad no hay gobierno posible, y sin gobierno..... ¡calcúlen ustedes lo que sería la humanidad!

Quedamos, pues, en que la autoridad es de lo mejorcito que tenemos en este pícaro mundo.

Pues ahora oigamos á unos cuantos individuos que dan explicaciones prácticas acerca de la autoridad:

“La Autoridad amenaza á los pobres, atropella á los que alegan su derecho, y jura y patea como un condenado en la sala de la alcaldía.”—*Un jíbaro*.

“La Autoridad es vengativa y cruel. Líbreme Dios de volver á contrariar su voluntad, aunque me sobre la razón.”—*Un escamado*.

Sean cuales fueren las opiniones religiosas que ustedes tengan, habrán de convenir conmigo en que un cura, ministro de Jesús, discípulo suyo y encarnación viviente de sus doctrinas; un cura como Dios manda, para decirlo de una vez, es una de las cosas mejores que se han podido imaginar.

¡Predicar la caridad evangélica y practicarla!

¿Han visto ustedes cosa más sublime y más santa en este mundo pecador?

De mí se decir que si no fuera porque vamos,

me gustan todas,
me gustan todas
en general,
y las rubias &^a,

ya me hubiera metido á cura desde hace muchos años, por lo noble, elevada y grandiosa que me ha parecido siempre esa profesion.

Pues bien; si ustedes han leído atentamente las relaciones de la última guerra civil de la madre patria, habrán encontrado á cada instante noticias de curas que han cogido un trabuco y se han ido á cazar soldados del gobierno, sembrando en torno suyo la muerte y la desolacion en vez de predicar la paz y concordia entre los hermanos desavenidos, dándoles á todos provechoso ejemplo de amor, de caridad y mansedumbre.

Por acá, bendito Dios, no han sucedido ni sucederán estas cosas, porque el fanatismo ciego no ha logrado aclimatarse en estas regiones, y el ángel de la paz tiende sus alas protectoras sobre la fiel é inmaculada Puerto-Rico.

Pero en menor escala no deja de haber curas que fomentan la discordia en vez de suavizar asperezas, unir voluntades y predicar la union. Sin entrar en

En la disposición de tantas cosas buenas, que no siempre está ordenada como aconsejan las ciencias morales y económicas, y el arte difícilísimo de gobernar.

*
* *

El sistema representativo es un sistema encantador.

El pueblo elige libremente sus mandatarios ; éstos, inspirándose en la opinion y las aspiraciones de sus electores, se reúnen, se cuentan, forman la mayoría y contribuyen á la formacion del ministerio. El pueblo se gobierna, pues, *por delegacion*. La *voluntad nacional*, como decía Espartero, es la que hace las leyes y las aplica.

Pues, señor ; me vá gustando el sistema representativo.

Pero hé ahí que por obra de la pasion ó de la intriga se interpone una estaca, un sable ó cosa así entre el cuerpo del elector y la urna donde debe emitir su voto, y á veces hasta le obliga á emitirlo en contra de su parecer.

¿Con qué derecho se entromete así un cuerpo extraño en asuntos de tal importancia? — Con ninguno.

Y entónces, ¿por qué se entromete? — Porque el sistema representativo es una de tantas cosas buenas que adolecen de *mala disposicion*.

*
* *

Cosa buena es el sistema de prestaciones implantado en esta Isla para el fomento de los caminos vecinales, y por falta de *buena disposicion* se malgasta de tal manera el dinero recaudado, que dichos caminos van cada día de mal en peor. En cambio se ha creado una nueva seccion en las oficinas municipales y como ochenta ó cien plazas de sobrestantes, muchos de los cuales vienên

LA POLITICA EN IMAGENES.

Nótase aún en los pueblos más cultos una marcada tendencia á personificar lo abstracto, á dar forma tangible y material á las ideas, á emplear ciertos signos exteriores y convencionales para la manifestacion de creencias, afecciones y sentimientos.

Las ideas religiosas eran manifestadas antiguamente en forma de astros, frutas, flores y animales de diversos géneros.

La mitología vino despues á humanizar las creencias, los sentimientos, los vicios y las virtudes de otras generaciones más artísticas aunque no ménos idólatras.

Las religiones modernas, que hacen gala de espiritualismo, pintan al sumo bien con forma humana, provisto de largas y cenicientas patillas, traje de verano y

ciertos almacenistas consideran más especialmente á los parroquianos de cinta estrecha que á los de cinta liberal.

Por su parte los consumidores (entre los cuales son muy pocos los que llevan el escapulario de Cangrejos,) suelen preferir para sus compras las tiendas donde está en uso el sombrero de amplia cinta, sin el más leve asomo de charol.

Por eso á nadie le extraña ver por aquí á menudo comerciantes *filósofos* de dos cintas; una estrecha para comprar en los almacenes, y otra muy ancha para después que salen de la ciudad.

* * *

Esto que digo de los sombreros y las cintas sólo tiene sus excepciones en alguno que otro vecindario, donde por circunstancias locales no ha llegado aún la política á intervenir en la forma del vestido, y en los grandes centros donde la etiqueta propende á la igualdad por medio del *bombo* autoritario y prominente, donde la moda nivela clases y partidos por medio del *hongo* democrático, y el presupuesto impone la simetría á sus favorecidos por medio de la *gorra* oficial.

* * *

Hay además otros muchos medios adoptados y reconocidos aquí para la manifestación de las opiniones políticas.

En cada pueblo hay por lo general dos barberías; una liberal en la que se desuella radicalmente á los reformistas, y otra conservadora en la que raspan y descañonan á los amigos del *Boletín* con navaja sin condiciones.

También suele haber dos casinos, liberal el uno y

dos colegas vecinos. Antes bien suele enardecerlos más ó dar motivo á que ambos se conjuren contra él aumentando la confusion.

El jefe de la casa paga despues el tiempo en tales controversias invertido, y elige entre los tres el médico de cabecera, despues de haberse cerciorado bien (por los sombreros) de la opinion política de cada cual.

—A los tuyos con razon ó sin ella, dice para su interior. Si está de Dios que se salve, que le deba la vida á un correligionario; si muere.... que cobre al ménos las dietas un médico de mi comunión.

*
* *

De igual modo suele manifestarse la política en casi todos los actos privados, sin exclusion del servicio doméstico.

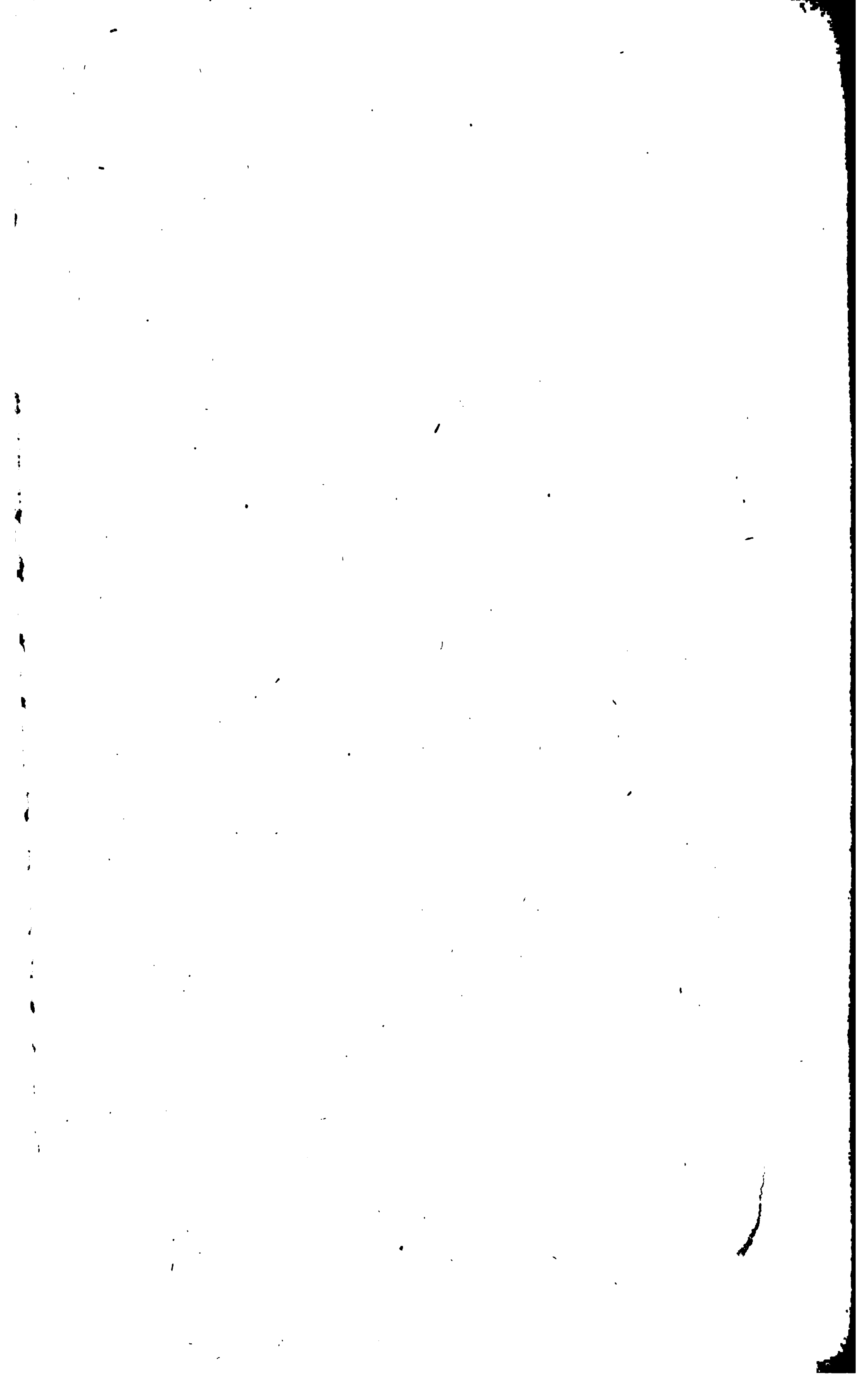
El sirviente de un conservador lleva las insignias de su amo, para distinguirse del sirviente de un liberal. Ya que sisen alguna que otra vez los domésticos de uno y otro bando, á lo ménos que sea *políticamente*, llevando cada cual la cinta del sombrero en armonía con la de su dueño y señor.

Cuando el criado de un reformista deja el servicio de éste para irse con un conservador, ó vice-versa, cambia súbitamente aquellas señales, guardando en el bolsillo la cinta cesante para cuando llegue el caso de volverla á usar.

Cuando sale en busca de un amo nuevo sin saber en qué partido ha de encontrarle, guarda cautelosamente las dos cintas y va con el sombrero mondo y lirondo, para dar á entender que está á la carga ó que es materia imponible á favor del que ofrezca más.

*
* *





pasará á poder de varios Diputados provinciales para que informen, y se volverá á traspapelar y aparecerá de nuevo.... si Dios quiere.

Y cuando ya la *chunga*, el fisco, las sanguijuelas y las demás alimañas hayan acabado con las pocas haciendas que nos quedan; cuando ya no haya dulce en Puerto-Rico ni tengamos nada que introducir en los mercados de la metrópoli, aún puede ser que conservemos el expediente, como testimonio histórico de que aquí hubo cañas de azúcar y en Barcelona comerciantes interesados de nuestra prosperidad.

¡Bien haya, pues, el que inventó los expedientes coloniales y dió las primeras reglas del arte incomparable de *expedientear*!

tera y cuarta plana de los diarios, anuncios de artículos gastronómicos, mortificación de los profesores incomodados por el escaso haber.

Á la plaza del mercado el día 24 de marzo sale con un numeroso ejército de víctimas al último suplicio, como víctimas inofensivas en la festividad Saturnal.

En la clase de relación puede existir envidia y los pavos, para que así se evite la envidia contra esos pacíficos animales casi absoluta de otros más delicados el caso que para celebrar el nacimiento de Jesús hacemos con los pavos casi lo mismo que con los niños inocentes.

Se dice que se ha convenido en llamar a la plaza del mercado cómo andan las gentes de aquí y allá, le botellas, paquetes, panes, cucusiones de boca más ó ménos inci-

Los chiquillos se lanzan á la calle por jugar y los tambores, y corren á la plazuela a sacar sus instrumentos y á contarse. Hay que cenar en sus respectivas

corren constantemente la ciudad, presencia inusitada y en todos los tonos *es calientes, maní tostado, espadas y pan de huevo, palos de Jacob, sopa*, etc., etc.

[que tambien hay *quagüeros* de ingenio y ponen todo su conato a preparar la mejor cena, y de qué valerse para gozar las prerogativas

Los caballeros y demás personas de buen tono [como ahora se dice], acuden á los cafés para murmurar del prójimo y *tomar algo*, á buena cuenta de lo que ha de venir despues.

Las *pollitas* se atusan el moño, y se adoban y se acicalan para lucirle á los *pollos* en la misa del *gallo*.

Las amas de casa corren, tragan y disponen, y no se dan punto de reposo mientras no dejan la mesa puesta, el pavo en el hornillo, el mazapan en tajadas, las botellas sin bonete y dispuesto y arreglado el tirabuzon.

Luégo empiezan las *trullas* y las serenatas gastronómico-humorísticas de la gente del bronce, y empiezan los bailes de aguinaldo, y se come, y se bebe, y se alborota, y se arman de vez en cuando algunas cachetinas de padre y muy señor mio.

Y en medio de las voces del concurso y de la desarmonía de los instrumentos, se escucha por intervalos alguna voz descompasada y bronca que repite:

Esta noche es *Noche-Buena*,
Y no es noche de dormir.

En efecto, ¿quién que conserve alguna sensibilidad en la trompetilla acústica del oído, ha de poder conciliar el sueño y entregarse al cotidiano descanso en medio de tan infernal algazara?

No faltará sin duda algun cesante, algun maestro de escuela ó algun otro infeliz *desarraigado*, que no teniendo cena ni medio alguno legal y decoroso de proporcionársela, se holgaría de poder dormir en paz y en gracia de Dios, siquiera se le presentasen en sueños todas las provisiones de *El Colmado*, todos los dulces de *La Zaragozana* y todos los manjares y golosinas del Hotel de San Millan.

Pero vano empeño.

los difuntos, y puse luego por obra mi pensamiento.

El camino de nuestro Campo Santo es, si bien se considera, un trasunto fiel y verdadero de la vida humana.

La mitad de él es cuesta arriba y la otra mitad cuesta abajo. Cuando no se sube, se baja indispensablemente.

Subí, pues, por la empinada calle del Santo Cristo hasta llegar á lo más alto de ella, como si dijéramos á la cumbre de la Capital; bajé al instante por una callejuela anónima que hay entre el caserío de Ballajá y el antiguo convento de los frailes dominicos, y seguí después por el plano inclinado que conduce expresamente á la eternidad, es decir al Cementerio.

¡Y qué fácil es la bajada por aquella suavísima pendiente que suele terminar en una fosa, en un horrible nicho boquiabierto, ó en un aristocrático panteón!

Esta y otras observaciones análogas iba yo haciendo, en tanto que mis plantas se deslizaban por aquella superficie dura y lisa, de un rojo caprichosamente jaspeado como pasta de salchichon.

Pasé luego el pequeño túnel que atraviesa la muralla y pone en comunicacion la ciudad de los vivos con la ciudad de los muertos, y bien pronto vine á parar enfrente de la verja del Cementerio.

A mi derecha se agitaba el mar en impotente y sempiterna lucha con los arrecifes del *matadero*; á mi izquierda se agitaba tambien el mar.... de las pasiones; sólo en el Campo Santo había tranquilidad y sosiego.

No había llegado aún la hora en que los parientes de los difuntos suelen visitar las tumbas de estos, para colgarles tal ó cual corona ó encender alguna vela á su *salud*.

Entré, no sin recelo, en aquel tétrico y solitario re-

—hé aquí las dos cualidades esenciales que distinguen á los muertos, de los que están por morir. Fuera de ellas no deja de haber bastante analogía entre este vecindario mudo y el pueblo bullicioso que se agita allende la muralla. Aquí también se reflejan los vicios y las virtudes del pueblo vivo, también se manifiestan claramente los grados de civilización y cultura que alcanzamos, nuestro amor á la ciencia y á las artes, y el aprecio y consideración que tributamos á nuestros antecesores. Aquí hay también su literatura y se escribe algo bueno, aunque muy poco, y abundan los malos versos y la prosa vulgar y detestable. Verdad es que en punto á libertad de imprenta parece que se disfruta más aquí, donde se escribe lo que se quiere, sin que haya por todos esos alrededores el menor asomo de Fiscal.

También aquí se cobran contribuciones á los muertos *acomodados*, y si no hay quien pague por ellos dentro del tiempo señalado por el Ayuntamiento, les allanan la morada, los *ejecutan*, es decir, los tiran en un hoyo que hay detrás de la mencionada galería, declarando luego los nichos en alquiler y los contribuyentes *fallidos*. Por lo que respecta á religión, allá se van entrambos vecindarios, y poco tendrán que echarse en cara el uno al otro: por de contado aquí hay proporcionalmente tantas cruces como allá arriba, y apenas si queda ya en una y otra parte algún pecho ó sepultura sin cruzar....

A este punto llegaba yo en mi soliloquio, cuando percibí un ruido de voces hacia la entrada del Cementerio, y no tardaron en penetrar algunos criados con cirios, candelabros, coronas, guirnaldas, lázos de gasa y otros adornos fúnebres por el mismo tenor. Después fueron llegando personas de ambos sexos y de todas edades y categorías, desde el humilde sirviente al rico propietario, desde la mujer del pueblo á la señora más



cuarteles por medio de pequeñas vías de ladrillos que la cruzaban, y plantando algunos almendros en las orillas. También parece que había entre estos árboles algunas palmas de coco, si no miente un cuadro que se conserva en la Casa Consistorial, y que representa la Plazuela en aquella forma, varias palmeras tan altas como el Teatro, y entre éste y aquellas el general Don Miguel de la Torre descollando como un coloso, al lado del cual parecen juguetes de mano el edificio y los árboles de la Plazuela.

Sin duda creyó el artista que era irrespetuoso en aquellos tiempos pintar un gobernador más pequeño que una palma de coco y que un edificio de cuatro pisos, que son los que tiene el teatro en la pintura indicada. Por eso la figura del general la Torre se eleva á muchos codos sobre el nivel de la palma gigante y del tejado del coliseo, quedando de esta manera muy elevado y bien puesto el principio de autoridad.

Algunos años después, se notó que los almendros habían atraído tal número de hormigas *bravas* á su alrededor, que no era posible pasearse por aquel sitio sin sentir las picaduras de estos industrioses insectos.

Por la misma causa se hicieron casi inhabitables las casas de por allí, y aún hay algunas de las cuales no se han podido desalojar las hormigas por completo.

Se decretó, pues, el derribo de los almendros, y poco después el de las palmas, considerando que éstas también fomentaban las hormigas, que no daban apenas sombra y que en cambio podían matar con un coco á cualquier paseante, como ya habían estado en peligro algunos de ellos, de resultas de unos *cocotazos* al natural.

Volvió á quedar la Plazuela monda y lironda por espacio de algunos años; se le pusieron losas de Canarias en vez de ladrillos por los lados, y aquí la crónica

teria para un artículo ameno, interesante y sobre todo inofensivo, que no pudiera, ser objeto de vanos comentarios ni de malignas interpretaciones.

Seguí, pues, por la calle mencionada, pasé luego la puerta de San Justo y me encaminé hacia el descuidado bosquecillo que se titula *Paseo de la princesa*.

Llamaron desde luego mi atención dos rústicos pilares de mampostería situados á la entrada del paseo, y que servían de base á dos como columnas de cal y canto en estado de ruina, en una de cuyas columnas se conserva todavía la mitad de un escudo nacional de yeso, como indicio de lo que todo aquello había sido en época más afortunada. (*)

En la parte inferior del pilar de la derecha hay una lápida de mármol, partida en pedazos, que contiene la siguiente inscripcion:

EL EXCMO. AYUNTAMIENTO
DE ESTA CAPITAL
COSTEÓ ESTE PASEO
Y JARDIN BOTÁNICO
QUE EN MEMORIA DE S. A. R.
LA PRINCESA DE ASTURIAS
SE CONSTRUYÓ
BAJO LA DIRECCION
DEL COMANDANTE DE ARTILLERÍA
D. MANUEL URRÉJOLA.
—1854.—

—¡Ya pareció aquello!—dije al instante para mí, leyendo por segunda vez aquel renglon que anunciaba la existencia de un *Jardin Botánico*,—hé aquí un mag-

(*) Estas columnas y algunos otros detalles apuntados en el presente artículo, desaparecieron con motivo de las reformas que luego hizo el Ayuntamiento en aquel lugar.

LA BIBLIOTECA

Y EL BIBLIOTECARIO.

El 3 de Marzo de 1878, á raíz de las primeras elecciones municipales después de la restauración, decía EL BUSCAPIÉ dirigiéndose á los nuevos concejales electos para el Ayuntamiento de esta ciudad:

“Señores concejales: salud y al grano.

Aquí se necesita una Biblioteca pública.

Es una vergüenza que la capital de Puerto-Rico—país de 750000 habitantes y que soporta un presupuesto cuyo total exacto no conozco, pero que de seguro llega á diez millones de pesos lo que satisface anualmente para el Estado la Provincia y el Municipio—carezca de una Biblioteca ¡á fines del siglo XIX!

Cuando viene aquí un extranjero ilustrado y pregun-

Éntre usted silenciosamente para no interrumpir la lectura de los que estudian, y díglele al oído:

—Tengo un regalo de libros buenos para la Biblioteca.

Si al decirle esto fija usted la vista en los espejuelos del bibliotecario, verá como á través de los oscuros cristales brillan súbitamente sus ojos con indecible expresión de entusiasmo, y se animará su enjuto y perfilado semblante con una dulce sonrisa llena de ternura y gratitud.

Tomará luego al punto la nota del nombre y domicilio de usted, ó de la casa donde se hospeda, y al siguiente día bien temprano recibirá usted la visita del siempre afectuoso, decidor y doblemente agudo Santaella.

Dele usted los libros ofrecidos, y tendrá la doble satisfacción de hacer feliz á un bibliotecario, y de haber contribuido al fomento de una de las instituciones más útiles del país.

rables, requieren el lápiz, lo humedecen entre los labios y se disponen á escribir.

Desde aquel momento, hasta que termina la *jugada*, el oficioso *apuntador* hace abstraccion completa de todo pensamiento extraño á los bolos y á las numeraciones de la Lotería.

Si es zapatero, pierde en aquel instante la *chabeta*, y se olvida del trabajo, del taller y hasta del antiguo refrán que dice: *zapatero á tus zapatos*.

Si es mercader, se olvida de su *negocio*, de su tienda, de su libra de catorce onzas ó de su vara de tres cuartas y media, vamos al decir.

Si es poeta remendon ó literato de viejo—que de todo hay en la viña (vulgo lotería) provincial,—se olvida de las letras para dedicarse al culto de los números; deja al dios Apolo para perseguir al dios *Premio*, y aunque al verle con el lápiz apoyado en el papel y la mirada fija pudiera creérsele sumido en una especie de éxtasis poético, yo certifico que su imaginacion no anda esta vez por las rinconeras del Parnaso en busca de un rezagado consonante, sino por las repletas arcas de la Administracion de Lotería en solicitud de un *sonante* más tangible y positivo.

Todos, en fin, desatienden sus ordinarios quehaceres, y mientras dura la operacion del sorteo no ven más que los globos, los bolillos y los demás chismes de jugar, ni atienden á otro ruido que no sea el monótono canto de los muchachos que dan cuenta de los números premiados que van saliendo.

A lo mejor del tiempo, y cuando más entusiasmado se encuentra uno de los *apuntadores* susodichos, se le rompe la punta del lápiz, ó le sucede cualquier otro percance análogo que le obliga á interrumpir sus apuntes.

Y aquí empieza para nuestro hombre el mayor

olor á trastos viejos, y todavía se advierten señales ciertas de comején ó polilla colonial.

*
* *

Como en este edificio se han hecho variaciones y reformas desde que dejó de ser convento, no es fácil averiguar con exactitud el uso á que ántes se destinaron todos los departamentos que ocupan hoy las oficinas de la Audiencia.

Miéntas fué monasterio, rara vez la vista de los profanos llegó á traspasar aquellos santos umbrales.

Solamente los frailes conocían las interioridades de su vivienda, y há tiempo que no se encuentra por aquí un solo fraile á quien interrogar. Tampoco se conservan planos ni descripciones que puedan servir de guía cierta y segura para el caso.

Tan sólo por indicios leves ó por deducciones más ó ménos aventuradas, indica la voz pública algunos lugares del actual caseron de la justicia correspondientes al antiguo monasterio.

Dícese, por ejemplo, que el lugar que hoy sirve á la vez de sala de espera y despacho de Procuradores, correspondía en tiempo de los frailes al cuarto de la penitencia.

Se cree asimismo que las celdas de los legos ocupaban el departamento destinado á los alguaciles; que la fiscalía era la cocina; que la relatoría era el cuarto de la siesta ó del santo reposo, y que hacía el sitio en que se reúnen los escribanos quedaba antiguamente la gatera de la comunidad.

Y esto es todo lo que hasta ahora se sabe ó se supone acerca del uso anterior de tales departamentos. Nada hay que acredite la suposición de que el archivo de hoy era la antigua despensa, y el cuarto del

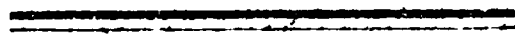
será necesario entónces prescindir de la audiencia pública.

Baste decir que las paredes que corresponden á la parte del local destinado á la prensa y al público, están cubiertas casi por entero con tres retratos, uno de Fernando VII, otro de María Cristina y otro de Isabel II, que en años anteriores ocuparon sucesivamente el centro del dosel que descuella por detrás de la mesa de los magistrados, y poco á poco los fueron trasladando desde allí á la sala comun, ó sea á la parte exterior de la valla. De reyes pasaron á ciudadanos, desde el trono al pueblo, desde el tribunal á la audiencia pública. Falta entre los citados el retrato del rey Amadeo, no sé si porque su breve reinado no le dió tiempo para retratarse, ó porque, efectivamente, no caben allí más que tres cuadros de tamaño regular.



Despues de lo dicho para dar una brevísima idea del estado y condiciones del local que ocupa actualmente la Audiencia de esta Antilla, fuera inútil entrar en razonamientos demostrativos de la necesidad urgente de instalar aquellas oficinas en un sitio más capaz y decoroso.

Aquí donde el gobierno civil y el militar, la Intendencia, los jesuitas, el Ayuntamiento, la Diputacion y hasta la lotería tienen palacios; donde la religion tiene ocho templos sin contar los de extra-muros; donde la vanidad tiene muebles de ébano, alfombras de Flandes, espejos de Venecia y cortinas de Damasco; donde la gula tiene bazares espléndidos y tentadores, y cualquier vicio tiene su casa cómoda y decente, es lamentable y hasta vergonzoso que se tenga en tan miserables condiciones *la casa de la justicia*.



9 sába

es ó de

ra eso

de m
botine
n₁ des

a car
s frase

“Número 23, 25, 27....”

Aquí en el entresuelo vive Gracia, la jóven de ojos grandes y azules, que iba á la tienda y cojía y pagaba pequeñas cantidades, hasta que una vez, despues de tantas vacilaciones, se aventuró á tomar aquel traje de gró.....

No sé si llame ó si la deje en paz. Por ella más que por nadie detesto cada día más mi profesion. Sé que cada visita mia le produce á Gracia un nuevo pesar y sin embargo deseo verla. Dos sentimientos contrarios luchan en mí cada vez que me acerco á los umbrales de su casa. ¡Ah, si yo pudiera verla frecuentemente, sin llevar á su ánimo esa impresion desagradable y repulsiva que debe causar la presencia de un cobrador!

Siempre me hago estas ó parecidas reflexiones al llegar aquí, y siempre, como ahora, me decido á entrar, impulsado por no sé qué dulce y misteriosa atraccion..

*
* * *

¡Tres pesos! Me ha pagado tres pesos. ¡Pobre jóven!

¡Y pensar que acaso le hagan falta para el sustento!....

Mi situacion en su presencia era por demás embarazosa.

Subí para verla, para contemplar por un instante aquellos ojos que nunca olvido, para satisfacer un afecto puro y generoso sin mezcla ninguna de interés.

¡Y ella no vería en mí, seguramente, más q' cobrador desalmado y vulgar!

Estaba, como de costumbre, sentada ante una quina de coser. Al verme se levantó, sonrió tristemente; sacó de su caja de labor un paquetito que contenía los tres pesos y un décimo de billete de la lotería; vol-

Si concurren al baile sin riquísimas joyas y trajes de seda ajustados al último figurín, las llaman *charras*.

Si van al templo sin alfombra de Ambéres, silla de ébano y libro enchapado de nácar ó marfil, las llaman *cursis*.

Por cualquier signo exterior en que revelen pobreza, economía ó sobriedad, son objeto de burlas despiadadas, de ridículos motes y de injusto y pernicioso desden.

En tales circunstancias, no es extraño que abuse del crédito en las tiendas de ropa una jóven como Gracia, criada en la opulencia, educada superficialmente, reducida poco despues á un mediano vivir, y hoy huérfana y sin más haber que un mísero monte-pío y el escaso producto de su trabajo.

Tal es, con leves diferencias, el origen de muchas cuentas incobrables que llevo encima, y de otras *trampas* que se van enjendrando insensiblemente allá en la tienda, para desesperacion y martirio del cobrador.

¡ De cuántos males es autora ó cómplice sin saberlo, por medio de sus viciosas é imprudentes preocupaciones, esa que llaman culta, buena y distinguida sociedad! . . .

Pero ahora advierto que se me iban quedando atrás las casas de algunos deudores, mientras iba pensando en *ella* y meditando muy formalmente sobre los vicios sociales en sus relaciones con mi habitual ocupacion.

Verdad es que esto de recorrer las calles y visitar las casas de la Capital en busca de dinero, que rara vez se recibe, es cosa que predispone el ánimo hácia la filosofía. Bien considerado, un cobrador en tales condiciones no pasa de ser un mero inquisidor de caracteres y de costumbres privadas, un moralista por fuerza, una especie de filósofo *inglés*.



tomó por orden de aquella. Y aquí decía D. Odon frunciendo las cejas, que eso de llamar señora suya á una criada, podía tener su malicia.

Por último, una pieza de *grano de oro* que figura al principio de la cuenta, y de cuya partida se ha rebajado ya la cuarta parte del precio convenido, como condicion indispensable impuesta por aquél, hay que modificarla ahora poniendo *platilla* donde dice *grano de oro*. D. Odon dice que él fué empleado de Aduana y conoce las telas y sus nombres; afirma que aquella es de algodón puro, y que tiene el hilo aplanado en vez de tenerlo redondo; en una palabra, que es *platilla* y nada más.

En corroboracion de lo dicho y para mostrarme cómo ha quedado la tela despues de lavada, pide una de las camisas de la señora. Ésta se opone enérgicamente á los deseos de D. Odon, y se arma con tal motivo la consiguiente pelotera.

Por último, D. Odon montado en cólera, me devuelve el papel diciendo que no pagará mientras no se subsanen las equivocaciones nuevamente señaladas, porque á él le gusta mucho la claridad en las cuentas.

Cuando me despedí quedaba él en plena batalla doméstica, lanzando improperios contra su esposa, sus hijas y sus criadas, de quienes decía que se habían conjurado para reducirle á la miseria, si ántes no conseguían matarle de un sofocón.

La cólera le había enrojecido el rostro, y por cada una de las cortaduras brotaban gotas de sangre que le daban un aspecto ridículo y triste á un mismo tiempo, que provocaba á la vez risa y compasion.

¡Vaya con D. Odon!

* *

Aquí en la casa de enfrente vive ahora Pepita, aquella joven risueña y generosa que tan buenas compras ha-

¡Nada!

A Doña Petra no hay medio de arrancarle un céntimo, y la *caña* va creciendo cada día más.

¡Siempre aguardando un pago irrealizable, una renta que nunca viene, una herencia que nunca se acaba de liquidar!

Y entre tanto las hijas van á la tienda, entran como distraidamente y sin objeto, preguntan por algo que no hay, charlan un poco, rien con los dependientes, hablan de bailes ó de algun otro asunto pueril, y en medio de la conversacion piden los géneros que necesitan, y se despiden luégo saludando con mucha gracia y amabilidad.

Todo esto lo hacen de tal manera, que no dan tiempo á la reflexion hasta despues que se han ido.

Y cada vez que van á la tienda en busca de algo, emplean con cierta novedad este ingenioso y amable procedimiento.

El principal reprende luégo á los dependientes, por su debilidad y excesiva condescendencia; pero el mal ya no tiene remedio, ni es tan fácil evitar nuevas *embestidas* por el estilo.

Si se tratara de un hombre, ó de la misma D^a Petra, sería ya muy diferente; pero á las señoritas no se las puede desairar.

Luego es preciso ver la cara que me pone D^a Petra cada vez que le voy á cobrar.

¡Basilisco!

* * *

Me parece que esta es la casa donde vive ahora D. Agapito Exhausto y Nohaytutía, el prototipo de los deudores crónicos, persistentes y consuetudinarios.

Sí, esta es; ya no me cabe duda, puesto que veo bajar á los cobradores de Sexto, Audiffred y Catalá; como

cribir un artículo crítico para cada número de mi *na-*ciente semanario, amén de los demás trabajos de *fondo* y de la refundición de tal ó cual articulejo, poesía ó charada vergonzante que es necesario insertar de cuando en cuando, aunque las prensas giman y protesten en nombre de Guttemberg contra semejantes condescendencias.

“A la verdad, —decía recordando ciertas palabras del *Curioso Parlante*,—á la verdad que nada hay que acorte el ingenio y mengüe el discurso como la obligación de tenerlos á tal ó cual hora determinada.”

Pero el compromiso está hecho y no es cosa de volverme atrás.

Vengan, pues, los espíritus de Zoilo y de Aristarco á infundir en mi mente su travesura, venga Marcial y ponga en mi tintero un puñado de su sal epigramática; venga el espíritu mordaz y socarrón de Iglesias, y el maligno y sarcástico de D. Francisco de Quevedo, y, por medio del fenómeno raro y sorprendente de los *aportes*, tráiganme la pluma cáustica de Voltaire y el látigo implacable de Juvenal.

¡Pardiez que no han de faltarme escritores hueros ó trasnochados, poetas *sietemesinos* y alguna que otra espiritual poetisa, reñida con el arte y divorciada del sentido común!

A este punto llegaba en mis periodísticas meditaciones, cuando se abrió la puerta de mi habitación, dando paso á un jóven acicalado y barbilindo, que me hizo una graciosa reverencia y me estrechó la mano con la mayor familiaridad.

—¿Es usted, —me dijo, —el redactor de EL BUSCAPIÉ?

—Para servir á usted, caballerito.

—Yo estoy suscrito á usted hace dos meses.

—Al periódico querrá usted decir.

—Eso es, al periódico.

cribir un artículo crítico para cada número de mi nacimiento semanal, amén de los demás trabajos de *fondo* y de la refundición de tal ó cual articulejo, poesía ó charada vergonzante que es necesario insertar de cuando en cuando, aunque las prensas giman y protesten en nombre de Guttemberg contra semejantes condescendencias.

“A la verdad,—decía recordando ciertas palabras del *Curioso Parlante*,—á la verdad que nada hay que acorte el ingenio y mengüe el discurso como la obligación de tenerlos á tal ó cual hora determinada.”

Pero el compromiso está hecho y no es cosa de volverme atrás.

Vengan, pues, los espíritus de Zoilo y de Aristarco á infundir en mi mente su travesura, venga Marcial y ponga en mi tintero un puñado de su sal epigramática; venga el espíritu mordaz y socarrón de Iglesias, y el maligno y sarcástico de D. Francisco de Quevedo, y, por medio del fenómeno raro y sorprendente de los *aportes*, tráiganme la pluma cáustica de Voltaire y el látigo implacable de Juvenal.

¡Pardiez que no han de faltarme escritores hueros ó trasnochados, poetas *sietemesinos* y alguna que otra espiritual poetisa, reñida con el arte y divorciada del sentido común!

A este punto llegaba en mis periodísticas meditaciones, cuando se abrió la puerta de mi habitación, dando paso á un jóven acicalado y barbilindo, que me hizo una graciosa reverencia y me estrechó la mano con la mayor familiaridad.

—¿Es usted,—me dijo,—el redactor de EL BUSCAPIÉ?

—Para servir á usted, caballerito.

—Yo estoy suscrito á usted hace dos meses.

—Al periódico querrá usted decir.

—Eso es, al periódico.



Daubon, Zeno y otros cuantos
que con cadenciosos versos,
más ó ménos inspirados,
honraron la gaya ciencia,
¿qué se han hecho?

—¡Pche!..... cambiaron
la lira por otros chismes
más....

—¡Dilo!

—Más necesarios.

Uno tomó el escalpelo,
otro el hacha, otro el cayado;
aqué! compró una salina,
el otro fundó un establo,
este dirige una escuela,
el de más allá un tinglado,
y todos ganan la vida,
que es cuanto hay que ganar.

—¡Falso!

¡La gloria es ántes que todo!

—Hay pareccres contrarios;

pero, pues lo dice Blas,
esto es, Apolo, me callo.

—Es decir que en Puerto-Rico
no se hacen versos.

—¡Y tantos!

—¿Pues quién los hace?

—Cohete,

Castuzo, Balbás, Relámpago,
Tú por tú, Faisan, Manolo,
Cucufate, Flor, Periandro,
Perico, Electo, Zancudo,
Tito, Machichí, Macaco,
El Marqués de Siete Iglesias,
El Duque de no sé cuántos

vates mostrencos
a y' sin vamos,
n.

—¡Vive el cielo!
n más que el Tostado.
logogrífos,
e aguinaldos,
las confusas,
s rimados,
allá imagina

—¿De qué?

—De caballo.
verdad?

—Como hay tontos.
xtremo, Padre amado,
no el de las Musas
ino y sacro
ínquen la bella!!
ino llegaron
el verso y ritmo
astellano!!
ue pasa en Borínquen?
os más caros,
deidad olvidan?
dejan el campo,
ro enmudecen,
s guitarros
la tierra!
mil de acaballo!

.....
lanzó un terno
encia me callo;
repente,
has y el arco,



la poesía lírica, sin que por eso se entienda que pretendo convertirla expresa y exclusivamente en arma de combate. Creo que la poesía, especialmente la lírica, puede y debe ser *desinteresada*, pero no *indiferente* hasta el extremo de sustraerse al espíritu, á las aspiraciones, á los progresos y á las necesidades de la época á que pertenece.

Así lo comprendieron sin duda Quintana, Ruiz de Aguilera, Campoamor, Nuñez de Arce y otros grandes líricos españoles de la era presente, y aún en el pequeño círculo de la literatura en este país pudieran citarse tentativas y aciertos dignos de elogio y de imitación.

A los poetas más autorizados de esta Antilla corresponde seguir adelante en la obra de regeneración tan felizmente comenzada, á fin de señalar seguro y provechoso rumbo á esa pléyade juvenil que invade ya con inquietud y brio el campo de la poesía puertorriqueña.



Me quedé un instante como alelado y confuso, y salí después, sin despedirme, siguiendo apresuradamente el camino en dirección á la garita.

Cuando llegué como á cien pasos de distancia, ya el cabo y el compañero que había de sustituirme andaban con linternas encendidas buscándome por aquellos alrededores.

El tiempo se me había pasado sin sentir, y yo había incurrido en la más tremenda de las responsabilidades.

La Ordenanza militar dispone que sea pasado por las armas todo centinela que abandone su puesto.

La pena es rigurosa y excesiva, particularmente en tiempo de paz y con las circunstancias atenuantes de la hora, el tiempo, el lugar y hasta la oleada importuna que me humedeció los chismes de sacar fuego. ¡Maldito cigarro....!

Pero la Ordenanza me señalaba ya como reo de muerte, y en aquel tiempo se aplicaba la Ordenanza [sobre todo á los soldados] con inflexible severidad.

No debía, pues, forjarme ilusiones acerca de mi situación, ni era prudente desperdiciar el tiempo. Antes de amanecer debía encontrarme fuera de la ciudad y en parte donde pudiera sustraerme á las pesquisas que se hicieran en mi busca.

Tomé, pues, la firme resolución de defender mi vida, y emprendí la marcha favorecido por las tinieblas de la noche.

Cuando pasé por junto al ventorrillo, acababan de salir las gentes del baile y se iban disseminando en dirección á varias callejas del antiguo *Ballajá*.

Allí, en un grupo de bulliciosas compañeras, y tal vez refiriéndoles las aventuras del soldado requebrador y *sangri-gordo*, iba élla, la linda cuarterona de ojos de

LA BOCA DEL MORRO.

I.

LO QUE SE CAE.

Era una hermosa tarde primaveral del año 1775.

Reinaba gran animacion entre los habitantes de esta Capital, que en aquella época no pasaban de 4500, ó sea la quinta parte, próximamente, de los que existen en la actualidad.

Hombres, mujeres y niños se aglomeraban con impaciente curiosidad, formando grandes grupos por los alrededores de *Peña-parada*, la *Cantera* y *Ballajá*, que eran entónces unos andurriales desiertos.

A poca distancia de la costa se balanceaba gallardamente un bergantin, hácia el que se dirigían con insistencia las miradas de los curiosos. Era el correo de la madre pátria, esperado siempre aquí con amoroso an-

mi reposo, haciéndome pasar malos ratos aun después de dormido, necesito elegir con especial cuidado los libros ó papeles que he de leer en tales horas.

Es cosa que no lo puedo remediar. Como lea yo al acostarme algo que me disguste ó me impresione por cualquier concepto, ya tengo sueños y pesadillas para toda la noche.

Y por lo general, sueño siempre con cosas extravagantes, que á veces no acierto á comprender qué relaciones tendrán con la lectura que las motiva.

Recuerdo que una vez me acosté leyendo un editorial del *Siglo Futuro*, sobre el dinero de San Pedro, y toda la noche estuve soñando con los horrores de la guerra carlista.

¡Vaya usted á ver....!

Otra noche que me sorprendió el sueño repasando el nuevo arancel de Aduanas para esta Isla, soñé con una infinidad de *chivos*.

Y no hace mucho que me dormí cuando no bien había terminado la lectura de un meloso programa de gobierno, y pasé luego largas horas soñando con *música celestial*.

¡Si digo que á veces sueña uno cada disparate....!

En otras ocasiones advierto, sin embargo, alguna remota analogía entre el sueño y la lectura que le ha servido de origen.

Hay, por ejemplo, algunos periódicos políticos que me hacen soñar casi siempre con circos de fieras ó con un motin de gallos ingleses.

Cuando leo algo sobre nuestro sistema de tributacion y gasto público, sueño con un saco roto donde se pierde gran parte de lo que se echa, y es necesario echar cada día más.

Cuando leo el reglamento de prestaciones, sueño con la carabina de Ambrosio.

ría disfrutar de esta necesaria reforma, debía rascarse el bolsillo, como se dice vulgarmente.

Impresionóme algun tanto la lectura de este documento, y cáten ustedes á *la loca de la casa* en su acostumbrada actividad.

—Ya no se puede leer ni la *Gaceta*, dije doblando el papel con visibles muestras de enojo.

* * *

Poco despues me quedé dormido y soñé, como era natural, con la limpieza del puerto.

La lectura de la *Gaceta* por una parte, por otra mi deseo de que se llevara á cabo tan importante obra, y por otra el persistente recuerdo de aquella tradicion popular sobre lo que se les cae á ciertos gobernadores de esta Antilla al entrar por la *Boca del Morro*, formaron tal desórden de ideas en mi fantástica imaginacion, que el sueño fué tan descabellado y confuso como el actual régimen de policía municipal.

Habían llegado unos ingleses con una especie de draga de nueva invencion, que sacaba á la superficie los objetos que estaban en el fondo de la bahía.

De este modo dejaban limpio el canal y todos sus alrededores, sin temor de que las piedras y demás cuerpos sólidos pudieran volver á obstruir aquél, impulsados por la corriente del agua.

Dos embarcaciones, una á cada lado de la máquina limpiadora, recogían las materias extraídas del fondo del puerto, para desembarcarlas en diversas partes de la playa.

La operacion empezó desde enfrente del *Islote* y siguió con extraordinaria rapidez hasta más allá del *Cañuelo*.

De allí en adelante empezó á llamar la atención de

LAS ONCE MIL VIRGENES.

Cuentan las gentes de antaño
como cosa verdadera,
que despues de estar sitiada
esta ciudad, por las fuerzas
que desembarcó en Loiza
una gran escuadra inglesa,
allá en el año de gracia
mil setecientos noventa
y siete [para la honrada
Borínquen gloriosa fecha],
mandó el inglés un mensaje
pidiendo que se rindieran
la plaza y sus defensores.
Cortés y digna respuesta

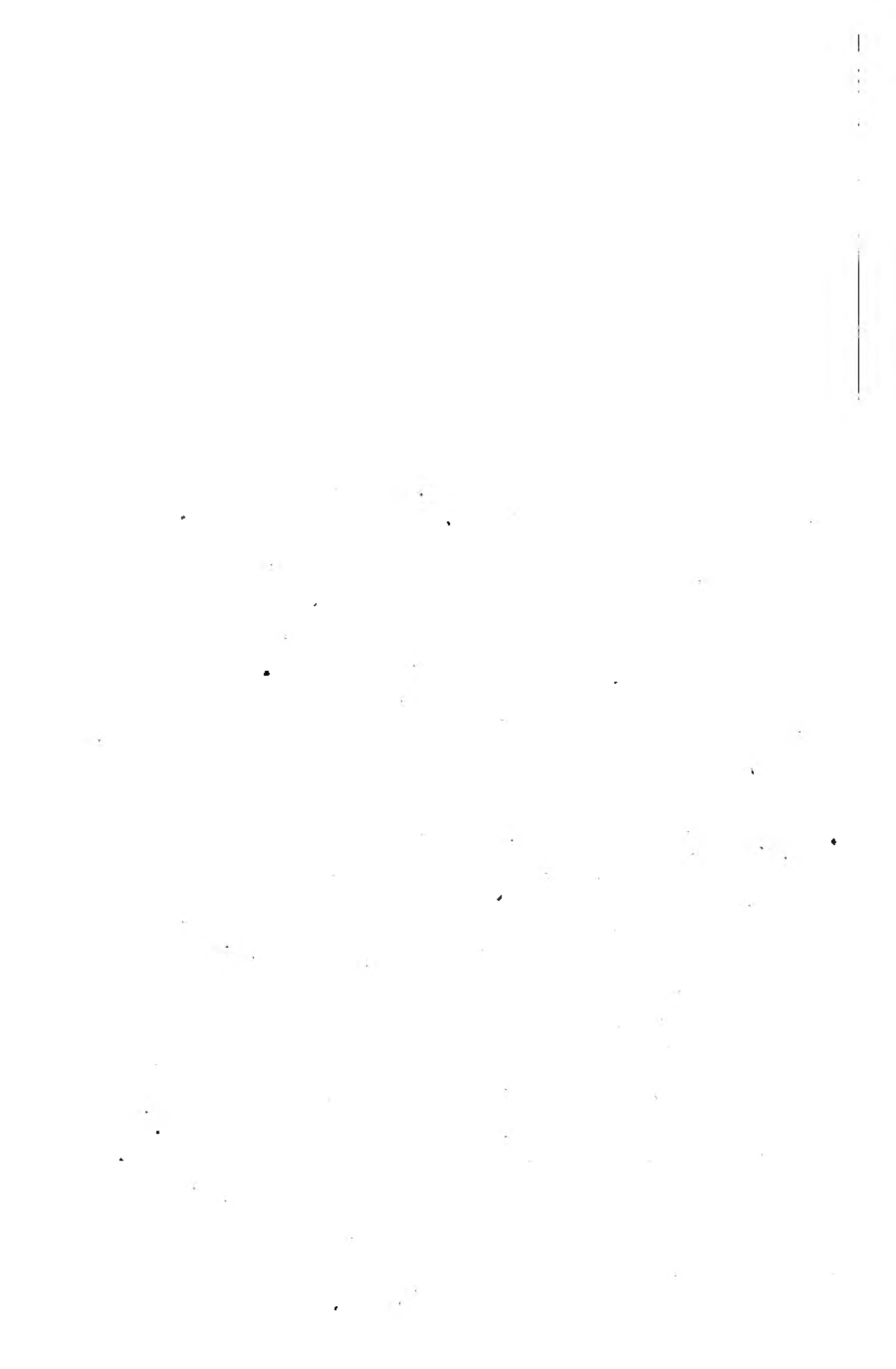
100

100

100

100





THE BORROWER WILL BE CHARGED
AN OVERDUE FEE IF THIS BOOK IS NOT
RETURNED TO THE LIBRARY ON OR
BEFORE THE LAST DATE STAMPED
BELOW. NON-RECEIPT OF OVERDUE
NOTICES DOES NOT EXEMPT THE
BORROWER FROM OVERDUE FEES.

~~CANCELLED~~ STUDY
~~CHARGE~~

WIDE
BOOK

~~CANCELLED~~
174097
DEC 12 1985

